

### Para concluir

El poder concedido a la imagen en este semanario generó la expectativa sobre su imparcialidad, confianza en la realidad visual que transmitían. Es de notar el desenfado con que los editores emplean los medios a su alcance, y la incorporación de nuevas tecnologías, como señala la autora. En ese contexto hay que recordar que los grabados fueron elaborados para ser leídos y comprendidos de inmediato, lo que no significa que deban ser analizados en sus múltiples capas de significados.

La ambición globalizadora de la revista, como le llamaríamos hoy, aspiró a la hegemonía de la cultura francesa a través de la imagen,

un proyecto compatible con las ambiciones de Napoleón III, de inspiración liberal pero poco respetuoso de las libertades. Y tuvo gran éxito ante la calidad y la cantidad de las imágenes; de hecho, inspiró una versión española (1849-1857) y *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, 1869-1921), que también circularon en México. *L'Illustration*, al igual que sus émulos, fueron medios que contribuyeron a la penetración cultural en países que se encontraban en formación. En el caso concreto estudiado por Acevedo, en el periodo de 1862 a 1866, podemos observar la operación realizada por Francia para justificar la invasión de México ante sus propios

ciudadanos. Ese discurso seguramente sirvió también para sustentar la posición de los conservadores que sostuvieron al Segundo Imperio. Al igual que la apreciación de los monumentos, las antigüedades o las riquezas naturales respaldaron algunos de los elementos que se enarbolaban como fundamento de la identidad nacional.

Esther Acevedo tuvo el gran acierto de establecer la imagen publicada como hilo conductor del libro, ya que ésa fue la razón de ser de *L'Illustration*. Desde allí construyó cuatro vías para abordar la realidad mexicana desde la óptica de esta revista francesa, sustentadas en su experiencia como investigadora, que resultó en un espléndido libro.

## Testimonios de solidaridad o la construcción colectiva de un objeto de estudio diverso

Laura Pasquali\*

Patricia Pensado Leglise y Gerardo Necochea Gracia (coords.), *Recorridos solidarios: trayectorias individuales y montajes colectivos en la historia reciente*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2020, primera edición electrónica.

\* Investigaciones Socio-históricas Regionales-Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Un primer pasaje por el índice del libro compilado por Patricia Pensado Leglise y Gerardo Necochea Gracia nos presenta, con toda su heterogeneidad, cuánto y cómo aporta la historia oral a nuestras historias en plural. *Recorridos solidarios...* está organizado en dos partes claramente identificables por sus propuestas investigativas, e introducido por

un sólido estado de la cuestión sobre el trabajo conceptual y creativo realizado por el equipo del Seminario de Historia Oral de la Ciudad de México. Gerardo Necochea Gracia (“Hacer de dos, uno; hacer de uno, dos: ideas de solidaridad”) presenta el camino de discusión y problematización implicado desde los inicios de un proyecto de investigación que termina en esta publicación; los resultados

de esos debates están notablemente plasmados en el libro y en las reflexiones conceptuales a las que arribaron, y del cual las autoras y los autores se han apropiado de acuerdo con la especificidad de su objeto de estudio y de su disciplina.

Quiero detenerme en el sustancial trabajo sobre el concepto de *solidaridad* que articula la obra y los muchos caminos que abre para la reflexión. En este libro se reconocen dos caracterizaciones de solidaridad: *performativa* (“como principio que modela la actitud desde una ética”) y *construida* (“cuando las ayudas mutuas comprenden entramados solidarios en circunstancias específicas”). Y a partir de comprender eso, se abre, ante quien lee, un texto como hipervínculos que nos conducen a la transmisión intergeneracional de las experiencias de solidaridad, pero también al pasaje de tradiciones políticas de una significativa profundidad histórica, puesto que para las y los protagonistas de estas historias, la solidaridad es una vía para conquistar voluntades, con el argumento de que ser solidario es “ser lo mismo” que el otro. Pues a pesar de que las preocupaciones temáticas de las y los autores son diversas, sobrevuela una noción de solidaridad entre iguales, una solidaridad *cómplice* de penurias, *compañera* de clase. De acuerdo con cada temática estudiada, esa relación puede ser una línea política apropiada por la voluntad militante o puede ser producto de una experiencia vivida que *en ese mismo tránsito* va definiendo lo político. Pero en un caso u otro, lo que nos deja bien claro estas investigaciones es que existe

una línea que separa a *nosotros* de *aquellos*; ya sean aquéllos la patronal, los golpeadores, quienes discriminan, o los que abusan.

La primera parte del libro, “Solidaridad performativa”, se inicia con un trabajo sobre el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear; en “El SUTIN: lazos de solidaridad”, Patricia Pensado Leglise hace una apuesta tenaz, a la vez que afligida, cuando distingue que para las izquierdas, “solidaridad es apostar a causas impopulares o perdidas”. Eso nos trae inevitablemente a la noción de solidaridad de la clase obrera organizada, un nosotros desde abajo contra un ellos burocrático; y entonces se desenvuelve la solidaridad como práctica sindical, como práctica que también se define en la cotidianidad material y doméstica de la vida obrera. El capítulo de Pensado Leglise se inserta en la profusa tradición historiográfica de diversas latitudes, que da cuenta de la importancia que tiene para la clase obrera en conflicto el gesto de apoyo político y la colaboración económica de la comunidad en que se inserta.

También de autoría de Patricia Pensado junto a Erick Arellano Salazar, Pablo Bonilla Juárez y Ricardo Chávez Cruz, sigue en este libro el capítulo “Los maestros en el movimiento estudiantil de 1968”. La solidaridad de maestros y profesores con estudiantes está formateada por una posición ética, política y de *identificación* (del mismo modo que a los autores que reúne este capítulo). La lectura del texto nos sugiere que para los maestros, las represiones de 1968, de algún modo, fue *volver a pasar* por lo que ya transitaron, significó

solidarizarse con *aquello que fueron*: estudiantes. En esto podemos encontrar una forma diferente de manifestación de la solidaridad, no como la de los obreros con los estudiantes o de un gremio respecto de otro. Aquí hay otro tipo de identificación, de empatía... y hay un posicionamiento en el testimonio mismo: los maestros se permiten ser críticos al advertir que ciertas estrategias seguidas por los estudiantes no fueron las adecuadas; solidaridad en la crítica. Este apartado presenta una arista más junto a la solidaridad, que es el concepto de *reciprocidad*, que también emerge en distintas experiencias reseñadas en el libro; en la voz del maestro Guillermo Ramírez se oye que hubo solidaridad con los estudiantes porque ellos siempre estuvieron apoyando diversas causas.

Cierran esta primera parte los artículos de Amelia Rivaud Morayta y Gloria Luz Rascón Martínez. El primero, “Solidaridad intermitente”, explora una perspectiva infantil de la solidaridad en el relato de una mujer adulta; la investigación de Rivaud Morayta está atravesada por lo que denomina solidaridad esporádica y discontinua. La problemática sobre hijas e hijos de combatientes revolucionarios es un tema que ha sido revisitado, e incluso hay trabajos realizados por esos mismos niños, ya mayores. Pero la contribución más específica de este enfoque no es solamente la perspectiva disciplinar, sino el énfasis en las situaciones de abandono que ha sufrido la niña y cómo, impensadamente, la perspectiva infantil hace que ya de adulta reflexione: “esa etapa se me hizo muy bonita”.

Esto nos hace preguntarnos si la solidaridad se puede aprender y se puede enseñar: ¿existe una pedagogía de la solidaridad? Esta interrogante abre “El ‘nosotros’ y la compartición de aprendizajes en la ‘Escuelita de la libertad zapatista’”, que también supone la solidaridad como reciprocidad. Pero a la vez como *imitación*: parecerse al otro en la construcción de un nosotros que va más allá del nivel de apoyo emergente y de las coyunturas políticas. Y eso es evidente en el perfil de los entrevistados por Rascón Martínez, que cursaron *la Escuelita* y se involucraron en la experiencia vivencial ofrecida por los zapatistas. En las costumbres previas de esos jóvenes emerge una noción de solidaridad como colaboración (“que te presten las cosas”), pero solidaridad es también ser internacionalistas (¿de qué otro modo entender esos vínculos entre una brasilera y un alemán con la experiencia zapatista?); en suma, ya en este libro se ha dicho que solidaridad es pasar uno mismo por lo que pasan los otros.

Gerardo Necochea Gracia abre la segunda parte de la publicación, que reúne los abordajes sobre la “Solidaridad construida”. “Contiendas laborales y solidaridades encontradas en Santa Bárbara, 1970-1981” retoma dos inquietudes presentadas en la introducción del libro, *comunidad y clase* como criterios identificatorios en las redes comunitarias. El tema de las redes ha sido clave para atender las formas de asociacionismo obreras, que en el caso que investiga el autor pueden considerarse en un arco tan amplio que cubre colaboración, caridad, ayuda mutua, o favores. En el estu-

dio que despliega, los mineros en lucha en los años de la década de 1970 se involucraron en enfrentamientos con la patronal y con el Estado, y en ese tránsito activaron las formas de sociabilidad que respaldaban prácticas de solidaridad, cimentadas en dos tipos de redes: de comunidad y de clase. En Santa Bárbara, conforme se incrementaba la conflictividad laboral, se reforzaban las solidaridades de clase y se fortalecían las experiencias de izquierdas, y esos vínculos se sostuvieron hasta que, burocracia sindical mediante, el hilo que las anuda comenzó a debilitarse. La investigación de Necochea Gracia nos dice que la sociabilidad obrera, transformada en solidaridad, es clave para el sostenimiento de conflictos; eso es visible en las contribuciones para el sostenimiento cotidiano de la huelga larga, pues la solidaridad puede tener diversos circuitos e involucrar instituciones pro patronales como la Iglesia... pero fugazmente, ya que sabemos que “la solidaridad de clase atañe sólo a una parte del todo”.

Lo que siguen son tres historias de vida construidas desde disciplinas diferentes y sobre sujetos con recorridos vitales de lo más disímiles.

Carlos Flores Flores elabora una historia de vida que busca como hilo conductor una noción de solidaridad que parece escurrirse entre el testimonio y los propios recuerdos del autor. Subyace aquí una visión casi esencialista de solidaridad: “adherirse a los problemas del otro para buscar su solución”; “Construyendo la solidaridad. Análisis microhistórico de una mujer migrante” ahonda en la solidaridad familiar, que para el autor es

“actuar en beneficio de otros y al mismo tiempo de uno mismo”.

María Concepción Martínez Omaña (“Trayectoria de vida de un joven con discapacidad visual. Interacción y relaciones sociales, una mirada desde la solidaridad”) y Martha Romero Mendoza (“La solidaridad en una menor insumisa, infractora y consumidora de sustancias adictivas”) toman dos aristas diferentes y con una complejidad distinta para referirse a la solidaridad. Nos presentan los vínculos solidarios de dos sujetos que portan una de sus identidades que los diferencian y distancian de un colectivo: la discapacidad visual y la situación de encierro por delinquir. Vemos así que las manifestaciones de solidaridad pueden cambiar de grupo en grupo o de contexto en contexto. En ambos relatos se observa una autopercepción de esa condición que los somete a la subalternidad; en el caso del joven no vidente, reconociendo y apropiándose de la condición (“la discapacidad necesita líderes”), destaca más que la discriminación, la solidaridad. La joven insumisa defiende que es posible la solidaridad en la marginalidad; *nos lo dice* a través del testimonio a la autora, quien asume que el tema de la solidaridad emerge en forma inesperada ante la entrevistadora. Para esta joven, la solidaridad es “pasar las mismas penas”.

Para el colectivo que construyó *Recorridos solidarios...*, la solidaridad es una *actitud y una conciencia* que se puede manifestar en redes de relaciones donde el espacio es vital: la mina o la fábrica, el barrio, la escuela, el sindicato, el hogar. Y quien esto escribe piensa que la solidaridad

también se manifiesta entre congéneres; lamentablemente el abordaje sobre el tándem solidaridad / sororidad de género solamente está propuesto en términos teóricos en la “Introducción”, pero no hay ningún capítulo en el libro que se ocupe de la solidaridad entre mujeres, aunque la historia mexicana ha dado sobrados y valiosísimos ejemplos de solidaridades femeninas construidas atravesando y reconociendo identidades políticas y de clase.

Los ámbitos de solidaridad se proyectan desde el lugar de trabajo o de pertenencia territorial hacia los otros espacios de sociabilidad. También los textos reunidos aquí nos dicen que esas solidaridades no siempre son reciprocidades simétricas, como es el caso de la familia o el sindicato. Son relaciones que pueden construirse o heredarse pero invariablemente existe una profundidad intergeneracional de la solidaridad de clase, obrera, laboral. Dimensión que se asienta

en sociabilidades barriales o comunitarias que pueden mutar en solidaridades que luego se fortalecen o despliegan en el lugar de trabajo o en el ámbito de militancia; y también puede ocurrir lo contrario: que la experiencia clasista derrumbe sociabilidades afectivas, juveniles o escolares.

Porque no hay nada dado o esencial en la solidaridad, sino una voluntad de comunidad con otros, con otras, pues en solidaridad *somos lo mismo*.

## Cómo romper con los mitos de la historia

Grecia Jurado Azuara

David Fuente Adrián, *La disputa de “la ruptura” con el muralismo (1950-1970)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2018, 509 pp.

**E**l primer libro de David Fuente Adrián busca, entre otras cosas, subsanar una serie de vacíos en la historiografía del arte en México. A pesar de la cantidad de artículos, libros y ensayos que en los últimos años se han enfocado en la corriente pictórica que siguió al muralismo mexicano, la discusión está lejos de estar agotada. *La disputa de “la*

*ruptura”*... es un análisis histórico y sociológico sobre aquel periodo un tanto inquieto, que significó la transición histórica del muralismo a las tendencias abstractas.

Si bien se trata de un tema recurrente desde la década de los ochenta, puesto sobre la mesa principalmente por la historiadora del arte Rita Eder, Cuauhtémoc Medina e investigadores cercanos al Instituto de Investigaciones Estéticas, este libro tiene un acercamiento muy distinto y hasta cierto punto innovador, no sólo en torno al tema, sino a los estudios sobre arte en general. David Fuente se ha puesto como objetivo entender al movimiento artístico llamado “rupturista” desde la perspectiva de las

luchas de clases como parte de la rearticulación histórica del campo artístico —pictórico— nacional.

A lo largo de seis capítulos, el libro desmenuza cuidadosa y exhaustivamente el mundo del arte mexicano del siglo XX, al mismo tiempo que analiza sus dinámicas, tensiones y contradicciones. Podemos ver en la primera parte intitulada “Conflicto estético a mediados del siglo XX”, que brinda a los lectores una especie de introducción profunda y revisión histórica del campo del arte en el país, enfocándose no sólo en los artistas, sino dimensionando, en su justa medida, el papel del Estado mexi-